Técnicas para cegar a los peces

Rosabetty Muñoz

I

Marea Roja

Ahora la ciudad tiene otro orden.
Bajo un cielo sucio
las micros desechadas por la capital, circulan
tragando turnos de obreros que van a las pesqueras.
Se abren choperías, cafés con pierna,
en los nuevos night clubs las vecinas bailan,
sin ningún tipo de miramientos.

No fuimos dignos de dormir cerca del altar.
Nuestros mayores, sí.
Ellos vieron ciudades brillando en las lomas de la isla
como ardientes reflejos del deseo.
Y también un barco que se llevaba a algunos
—para escarmiento de todos—
una sola noche de fiesta con manjares y excesos
(todo el que volvía estaba viejo y alucinado).
Soñaban con remolinos que se tragaban botes.
Y sabían cuándo no era día de pesca aunque el sol
brillara.
Y que galopan caballos alrededor de la casa del
moribundo.
Y se convierte en perro aquel que odia.
El año en que florece la quila habrá desgracias
y los animales sienten cuando alguien arrastra una
pena.
Supieron los antiguos todas estas cosas
y otras muchas que callaban
el silencio está cargado de destellos.

II

Los restauradores

La mesa está lista para recibir a los santos pacientes: bisturí taladro pinceles brochas formón madera de balsa solventes.

El maestro y Boquita discuten todo el tiempo pero sus manos se mueven en sincronía, «yo te alumbro, tú rellenas». Boquita, la restauradora, quiere terminar rápido aquí para ir a visitar a San Juan. Ese que tiene la boca entreabierta por donde deja entrever su húmeda cavidad.

III

Lengua de santas

La novia del mar dorado

Se acerca la fiesta patronal y habrá que pagar la manda. Hay que comprar tela fina, finísima para las vestiduras, muchos metros de cinta dorada y seda para el lazo de la cintura de la santa. Hay que viajar al pueblo. La familia junta los pesos pero no alcanza. La hija —que se va a casar— cede la ropa de boda que le envió su madrina desde Punta Arenas.

Ahora la santa luce el vestido de novia con la toca de minúsculas perlas y la novia llora silenciosa mientras reza con una vela en la mano frente a ella.

Ya están la suprema y las princesas
engalanando el pórtico con guirnaldas
ramas de avellano flores amarillas

la novia se arrodilla
mientras suena el pasacalle
la santa le ha susurrado a la novia
lo hemos visto

entre las dos, el rumor de las enaguas
es un lazo íntimo.
Le ha hablado
y ella llevará el destello de su gracia
entre nosotros.